

# ***La Gaceta de ArgAtea***



## Índice

### Opinión General

- *Los errores de Galileo*. Por Andrés Miñones. *Página 3*.
- *La superioridad del ateísmo*. Por Moredan Kantose. *Página 5*.
- *El escaso valor de las filosofías ante la ciencia experimental*. Por Ladislao Vadas. *Página 7*.

### Actualidad

- *Héctor Aguer, cruzado moral*. Por Pablo para Alerta Religión. *Página 12*.

Si desea contactarse con los **Editores** de esta gaceta, envíe por favor su mensaje a [gaceta@argatea.com.ar](mailto:gaceta@argatea.com.ar)

**Aclaración:** Los artículos aquí publicados no representan necesariamente la opinión oficial de ArgAtea, y son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

## Los errores de Galileo

**Por Andrés Miñones**  
**Miembro de ArgAtea**

Quizás el caso mas famoso que nos regaló la Inquisición fue la condena a Galileo. La versión de los críticos de la ICAR es ampliamente conocida, pero no puedo dejar de mencionar la visión de al menos un sector de la misma iglesia, que se expone en la web Catholic.net. En la misma se hace un repaso de los hechos y algunos comentarios que, en teoría, pretenden matizar (por no decir atenuar) la condena generalizada a la actuación de los inquisidores. Básicamente se apoyan en los comentarios siguientes.

Se sostiene que los opositores de Galileo tenían razón en que este no disponía de una prueba concluyente sobre el heliocentrismo que proponía. Y dice: “En este punto tenía razón san Roberto Belarmino al pedirle a Galileo que no considerara el heliocentrismo sino como una hipótesis, más o menos verosímil, mientras no contara con pruebas fehacientes de su realidad”. Recuérdese que el juicio a Galileo lo llevaba adelante un grupo de gente que afirmaba la existencia de un dios como un hecho sin prueba fehaciente alguna. Honesto hubiera sido aplicar el mismo criterio a Galileo y a la Iglesia, y que se considerara a Dios como una hipótesis.

Luego se afirma que “la historia se pronunció a favor de Galileo, pero sus contemporáneos no podían saberlo. Belarmino, que aconsejó siempre a Galileo que hablara *por hipótesis*, adoptó casi instintivamente un principio de metodología científica muy moderno; en su tiempo, la prudencia era perfectamente justificada. Lo más acertado habría sido que Galileo hubiera seguido su consejo”. El primer mensaje intenta justificar la censura a Galileo, apoyándose en la ignorancia sobre el hecho de que luego la historia le daría la razón; o dicho de otra manera, como los contemporáneos de Galileo no podían saber que él iba a estar en lo cierto, lo censuraron. El segundo mensaje intenta justificar la censura, dada la “falta de prudencia” de Galileo en no aceptar el “consejo” que le daba el cardenal Berlarmino de plantear su ideas solo como una “hipótesis”. Una buena forma de mostrar a la víctima como el culpable.

Sigue: “Por su parte, el error de los teólogos del tiempo de Galileo fue el de no hacer una recta interpretación de la Escritura, al quedarse con el sentido literal de ésta, y al no discernir entre el ámbito de la ciencia y el de la revelación, los cuales, si bien no se oponen, tampoco deben confundirse.”. En otras palabras, el error de la Iglesia fue no saber interpretar la Biblia. Perseguir a alguien por cuestiones intelectuales no parece ser algo de lo que arrepentirse. Como siempre, el abuso de poder y la tiranía que ejercían pasa a segundo plano, siendo que en el primer plano se encuentra la recta interpretación de esa leyenda predilecta, como si al resto nos importaran los mitos en los que ellos creen.

Otro sitio web, Corazones.org, hace también una defensa un poco más encendida del papel de la iglesia por aquellos oscuros tiempos.

Se dice: “Galileo nunca fue torturado por afirmar que la tierra giraba alrededor del sol. Fue condenado a «formalem carcerem», una especie de reclusión domiciliaria”. Lo detuvieron, lo humillaron, le hicieron desdeñarse de sus afirmaciones y aún así lo condenaron a reclusión domiciliaria, pero no lo torturaron. ¡Y nosotros que no agradecemos!

Y luego aclara “A Galileo se le juzgó no por su tesis científica, sino por decir que la Biblia estaba equivocada al hablar de que “se detuvo el sol”, cuando la que se detuvo fue la tierra”. Curiosa forma de defender a la ICAR del abuso de poder del que se le acusa.

La idea de que el problema de la Iglesia no era con la propuesta heliocéntrica en sí, sino con las formas que Galileo utilizó para proponerlo, no es rara. Suele leerse que ya Copérnico había propuesto esto antes y que la Iglesia lo había aceptado de buena forma. En realidad esto es una manipulación de lo que realmente sucedió. Ciertamente Copérnico había postulado ya su sistema heliocéntrico, pero su libro estuvo prohibido por la Iglesia hasta que no se hicieran las “correcciones” adecuadas, que incluían mostrar la propuesta heliocéntrica solo como un modelo matemático para simplificar los cálculos, y no poniendo realmente al sol en el centro. Dicho de otra manera, el centro seguía siendo de la tierra, pero permitían tomar como centro de referencia al sol para ahorrarse algunos cálculos.

Incluso en ACI Prensa (un órgano de prensa católico) se lo explica con algunos detalles interesantes: “Los hechos de 1616 acabaron con dos actos extra-judiciales. Por una parte, se publicó un decreto de la Congregación del Índice, fechado el 5 de marzo de 1616, por el que se incluyeron en el Índice de libros prohibidos tres libros: *Acerca de las revoluciones* del canónigo polaco Nicolás Copérnico, publicado en 1543, donde se exponía la teoría heliocéntrica de modo científico; un comentario del agustino español Diego de Zúñiga, publicado en Toledo en 1584 y en Roma en 1591, donde se interpretaba algún pasaje de la Biblia de acuerdo con el copernicanismo; y un opúsculo del carmelita italiano Paolo Foscarini, publicado en 1615, donde se defendía que el sistema de Copérnico no está en contra de la Sagrada Escritura. Quedaba afectado por las mismas censuras cualquier otro libro que enseñara las mismas doctrinas. El motivo que se daba en el decreto para esas censuras era que la doctrina que defiende que la Tierra se mueve y el Sol está en reposo es falsa y completamente contraria a la Sagrada Escritura. Por otra parte, se amonestó personalmente a Galileo, para que abandonara la teoría heliocéntrica y se abstuviera de defenderla. El opúsculo de Foscarini fue prohibido absolutamente. En cambio, los libros de Copérnico y de Zúñiga solamente fueron suspendidos hasta que se corrigieran algunos pasajes. En el caso de Zúñiga, lo que debería modificarse era muy breve. En el caso de Copérnico se trataba de diversos pasajes donde había que explicar que el heliocentrismo no era una teoría verdadera, sino sólo un artificio útil para los cálculos astronómicos. De hecho, esas correcciones se prepararon y se aprobaron al cabo de cuatro años, en 1620.”

El panorama parece claro. Es bien cierto que Galileo no fue condenado a muerte por la Inquisición, e incluso hay cierto acuerdo en que no fue torturado (aunque si amenazado con la tortura). Claro que semejante “privilegio” tiene dos explicaciones. Primero, Galileo era amigo de gente influyente de la Iglesia Católica (incluyendo al Papa Urbano VIII). Segundo, si bien cometió el “error” de pensar contra las interpretaciones contemporáneas de las Sagradas Escrituras, luego se retractó.

Es cierto que la Iglesia hizo su autocrítica, pero el mensaje no es del todo claro. Cuando Juan Pablo II parece haber pedido disculpas por el proceso del que fue víctima Galileo, su sucesor Benedicto XVI nos dice: “En la época de Galileo la Iglesia fue mucho más fiel a la razón que el

propio Galileo. El proceso contra Galileo fue razonable y justo.”. Esta cita, según Wikipedia, puede encontrarse en Corriere della Sera el 30 de marzo de 1990. Sorprende que alguien “infalible” en un terreno pueda ser tan bruto en otro.

Quizás nada de esto nos enseñe que Dios no existe. Quizás está allá arriba rompiéndose la cabeza contra una nube mientras maldice a los dueños de su franquicia aquí en la tierra. Pero esto sí nos enseña que la Iglesia puede cometer los mismos abusos que cualquier dictadura, y que su libro preferido (y por supuesto la interpretación que ellos hacen del mismo) no son garantía de nada. Algo que creo conviene recordar cuando los iluminados señores de la fe nos quieren enseñar como son las cosas que dice “el libro”. @

*Del blog “Ateo, Militante y que?”*  
[www.ateomilitante.com.ar](http://www.ateomilitante.com.ar)

---

## La superioridad del Ateísmo

*Por Moredan Kantose*  
*Colaborador Externo*

Los ateos somos superiores. Para empezar, somos simplemente una especie superior. Esto lo ha comprobado la ciencia, que indica que hay genes que predisponen a creer en Dios. Quienes no tenemos esos genes somos, por tanto, genéticamente superiores: El próximo estadio de la evolución de la especie humana.

Los ateos sólo creemos en lo que vemos, y eso nos permite rechazar los engaños de la superstición y el fanatismo. Somos humanistas y creemos, por tanto, en la democracia, la libertad y los derechos humanos, al contrario que los que se aferran a supersticiones ignorantes y matan en nombre de Dios.

Nuestra moral está basada en la sólida razón: Al contrario que la fe religiosa, la razón es objetiva y absoluta, y nos indica como, con el uso de la ciencia, podemos contribuir a una sociedad mejor.

En vez de dialogar con los creyentes, cosa que es imposible porque su fe les ciega, lo que debemos hacer es unirnos todos los ateos para acabar con esas supersticiones para siempre. Con eso, la humanidad alcanzará el siguiente paso en su desarrollo.

### ...ESTUPIDECES

1. La ciencia no ha comprobado que haya genes que predispongan a creer en Dios. Algunos científicos han descubierto genes que podrían favorecer las experiencias místicas: Pero ni esos datos son concluyentes, ni una experiencia mística lleva necesariamente a creer en Dios (a mi me llevaría a visitar al psiquiatra), ni por supuesto todas las personas que creen en Dios lo hacen por haber tenido experiencias místicas. La creencia en Dios es una decisión personal.

Por otro lado, es más que dudoso que la raza humana siga evolucionando al modo darwiniano. Quien entiende la selección natural sabe que "la ventaja evolutiva más importante para

el hombre de hoy en día es la incapacidad de usar bien un condón" (si alguien recuerda de quién es la frase, que por favor me informe).

2. La mayoría de los ateos no somos tan tontos como para creer sólo en lo que vemos, ya que la mayoría de nosotros no ha visto a los seis mil millones de habitantes del globo, ni ha visto una placa tectónica moverse, ni ha visto un electrón (sólo la foto de un electrón, y sólo algunos de ellos). Una cosa es creer sólo en lo que la razón nos dice que existe, y otra muy diferente creer sólo en lo que se ve.

3. Ser ateo es negar la existencia de Dios, y punto pelota. No significa negar la existencia de los elfos, de la astrología, de los espíritus o de los OVNIS. Cientos de millones de ateos son chinos que creen en la astrología, la suerte o hasta en los espíritus, y muchos de ellos además en el Tao e incluso en las enseñanzas de Buda.

4. Pretender que los ateos somos humanistas es una salvajada: Pol Pot, Lenin o Mao Tse Tung eran de todo menos humanistas, y su respeto por la democracia, la libertad individual y los derechos humanos era nula.

5. La razón no puede ser la base de ninguna moral, sólo puede usarse para saber qué comportamiento es más adecuado para una moral que se haya elegido previamente. La razón describe el mundo como es, y no como debería ser. Eso último, la moral, es una elección personal aparte de la razón.

6. Tampoco el ateísmo es base de ninguna moral. La simple negación de Dios no puede llevarnos a concluir nada a nivel moral, al igual que la simple creencia en un Dios abstracto e impersonal (deísmo, por ejemplo) tampoco nos proporciona una base para una moral.

7. Rechazar el hecho de que muchos creyentes apoyan los valores morales humanistas, es hacer una caricatura estúpida de los mismos. Muchos creyentes, movidos incluso por sus creencias religiosas, han arriesgado y ofrecido sus vidas por la defensa de la libertad, la democracia y los derechos humanos. Y muchas religiones (notablemente el cristianismo) han cambiado sus actitudes bajo la influencia del humanismo.

8. La gran diferencia moral, la gran barrera en una lucha por una humanidad mejor, no está por tanto entre ateos y creyentes, sino entre fanáticos y moderados, entre personas que proponen un modelo de convivencia donde pueden caber todos y quienes defienden la imposición de su moralidad en la sociedad. Como decía Voltaire "una religión oprime, dos se hacen la guerra, pero muchas son una oportunidad para la libertad". En una lucha por un mundo donde se respeten los derechos de personas de las más diversas creencias, muchos creyentes lucharán al lado de los humanistas, y juntos contra los fanáticos, ateos o no.

9. La creencia en la razón es tan poco objetiva o absoluta como la creencia en la Inmaculada Concepción de María: Se trata en ambos casos de axiomas, es decir dogmas, que se creen sin apoyo externo alguno. La razón no puede ser demostrada: Se cree en ella, o no se cree en ella. Cualquier intento de demostrar racionalmente la propia razón caería en una demostración circular y sería por tanto inválido desde la propia razón.

10. Hay más de cuatro mil millones de creyentes en el planeta. Muchos de ellos nos tienden la mano, o están dispuestos a aceptar la nuestra, para defender valores comunes. Si las diferentes

religiones del mundo pueden ponerse de acuerdo en unos valores básicos (como lo demuestra el "Parlamento de las Religiones"), no hay motivos para que no podamos acordar normas universales de convivencia con esos creyentes moderados.

Después de todo, compartimos el mismo planeta, el mismo genoma, y la misma biología. Lo que nos une es muchísimo más de lo que nos separa, y lo que nos une es lo que nos permite comunicarnos.

Los ateos sólo somos "superiores" a los creyentes en una cosa: Tenemos la respuesta correcta a la pregunta de la existencia de Dios. Pero ese dato ínfimo no tiene consecuencia alguna (ver 3 y 6), y se pierde en el mar de sabiduría e ignorancia que compartimos con los creyentes: Todos sabemos mucho de algo, nadie lo sabe todo de todo. No debemos pavonearnos de poseer un dato insignificante extra, sino que podemos y debemos aprender unos de los otros. Juntos contra el fanatismo, ateo o creyente. @

*Del blog "Humanismo Radical"*  
[www.moredan.wordpress.com](http://www.moredan.wordpress.com)

---

## **El escaso valor de las filosofías ante la ciencia experimental**

***Por Ladislao Vadas\****  
***Colaborador Externo***

Ante la imagen del universo ofrecida por la astronomía actual, se evidencia la ingenuidad de pretender relacionar el mundo antrópico (del hombre), con estrellas y galaxias en plena expansión en cierto supuesto "orden establecido".

Dentro del ámbito filosófico, Heráclito, con sus contrarios y su logos; Empédocles, con sus cuatro elementos eternos: agua, fuego, tierra y aire; Anaxágoras, con su noción de dios como espíritu del mundo; Jenófanes, con su visión del edificio cósmico que le permite asegurar que el uno es dios; Platón, con sus "ideas" antepuestas al mundo sensible y su demiurgo; Aristóteles, con su "primer motor" inmóvil, de quien se hizo eco el teólogo medieval Tomás de Aquino para construir su célebre teodicea echando mano de sus "ingeniosas" cinco vías; todo esto queda ahora ahogado.

No hay primer motor (según creyó el aquinate Tomás) porque el movimiento es eterno y el universo "bien se da cuerda a sí mismo", según así lo demuestra la actual cosmología. No existe causa eficiente, porque el proceso universal se va por las ramas, a la deriva azarosa, y nos da más bien la impresión de "actuar" –esto es un decir porque se trata de algo inconsciente- por tanteos al azar.

No hay nada necesario, nos dice Tomás de Aquino en su 3ª vía de su afamado libro *Suma contra los gentiles*, y en esto tiene algo de razón, pues el universo compuesto de millones de galaxias, de trillones de estrellas y quizás otro tanto y algo más de planetas, con sus accidentes, no es necesario que exista para nuestro planeta, ya que, la mayoría de sus fenómenos jamás tocará a la Tierra por causa de las enormes distancias astronómicas. Pero Tomás, para justificar necesidad,

añade en consecuencia un ser último necesario, un dios, pero como ya sabemos, según el actual conocimiento, que el universo “se da cuerda a sí mismo”, ese señor dios tampoco es necesario. Además, este argumento que apela a “nuestra miopía”, cae aún más verticalmente ante la realidad. Si la Tierra hubiese estado siempre protegida como un cuerpo privilegiado en el seno de nuestra galaxia, entonces sí habría que reconocer la necesidad de un ser todopoderoso como necesario para explicar esa seguridad, pero resulta que en el universo entero ¡no hay garantía alguna para nada, ni para nadie! Nuestra Tierra pudo haber desaparecido en algún momento y aún puede ser alcanzada por eventos catastróficos a nivel astronómico (choque con un cometa, con un asteroide de gran masa, etc.) y ser así víctima de cualquier otra violencia anticósmica. ¿Dónde podemos hallar entonces al ser necesario y protector del mundo? Se lo necesitaría, sí, por supuesto, para hallarnos seguros sobre la Tierra, pero... por desgracia no existe. ¿Acaso la ciencia astronómica detecta algún indicio de protección especial para nuestro querido planeta, como supuesto cuerpo espacial privilegiado con respecto a otros? ¡En absoluto! ¡Estamos expuestos al peligro como el que más! Por eso el razonamiento del aquinate queda huero. Si nuestro planeta se hallara en el centro del mundo rodeado de las esferas de Eudoxio de Cnido, sin amenaza alguna proveniente del espacio exterior, entonces sí tendría validez la 3ª vía tomista. Pero ante el actual panorama universal no, y menos si añadimos la eternidad de la esencia del universo desprovista de la cualidad de lo divino, que suscita por sí misma ciertos procesos transitorios de equilibrio como el geológico y el viviente sin intervención de creador alguno.

Tampoco la 4ª vía tomista (véase del autor de este artículo, el libro: *Razonamientos ateos*, página 180) tiene asidero, porque los grados de perfección pertenecen tan sólo a una óptica netamente antropocéntrica abismalmente desconectada del universo de materia-energía en forma de galaxias. El reflejo de una perfección suma no se percibe en ninguna parte fuera de nuestra mente; ni en la naturaleza exterior que actúa por puros tanteos al azar, ni en los actos humanos, ni en el anti-cosmos que provoca accidentes.

A su vez, la 5ª vía tomista de “la prueba por la finalidad, o por el orden en el mundo, o por el gobierno del mundo por parte de cierto demiurgo”, cae no menos estrepitosamente ante el panorama de desorden advertido en el universo y, por lo dicho, con respecto al mini orden transitorio que a veces se instala aleatoria y perecederamente en algún punto del anticosmos. Este mini orden, de ninguna manera podría ser establecido por cierto ente omnipotente que lo abarcara todo, porque de ser verdad su existencia, el universo entero debiera obedecer a un orden perfecto, como un reloj de precisión, digno de un ordenador absoluto.

Ahora bien, como antítesis, alguien podría sugerir que no obstante, todo, así como se halla, es necesario para la vida, para nosotros, ¡pero no lo advertimos!

¿Seremos tan miopes? ¿Veremos sólo el desorden siendo incapaces de apreciar el magno orden que lo encierra todo? ¿Creemos ver desorden en los acontecimientos claves para que existamos nosotros? ¡Antropocentrismo puro!

¿Los cuásares, necesarios para la vida y el hombre? ¿Lo mismo los púlsares, las explosiones estelares (supernovas), los estallidos, choques y “canibalismo” galáctico? ¿Los

agujeros negros también? ¿Igualmente el asteroide Eros, el planetoide Plutón, la nebulosa de Orión? ¡Bah! ¡Ingenuidades!

Si según la filosofía judeocristiana, su dios creador es tan omnipotente como se lo supone, entonces se podría haber ahorrado los trillones de estrellas y planetas, los millones de galaxias y todos los accidentes anticósmicos para crear sólo un mundo armónico y seguro y no un planeta lleno de inmundicias e injusticias que hieren tanto a los bandidos, como a los buenos de corazón.

Vemos, amigos lectores, que todo esto queda confinado al ámbito del antropocentrismo más puro. Nada tiene que ver con la realidad del anti-cosmos que ignora la Tierra, cuya formación, transformación y futura desaparición debe ser considerada tan sólo como una breve chispita en el devenir del universo de galaxias hechas de materia-energía. ¿El pensamiento? Sólo una forma transitoria de manifestarse la energía. ¿Los seres vivos? Tan sólo una forma perecedera de manifestarse la materia-energía. ¿El universo de galaxias? Tan sólo una forma momentánea (en términos anticósmicos) en la eternidad de las manifestaciones de la esencia del universo, increada, inconsciente eterna, creadora de desorden, de pequeños focos de orden sólo a veces, basados en leyes físicas también transitorias que hoy conocemos y mañana no serán.

En cuanto a las filosofías posteriores a Aristóteles, referentes a un dios, podemos rebatirlas una por una a la luz del universo recientemente descrito.

Las verdades eternas de San Agustín, quedan borradas de un plumazo con lo que he manifestado recientemente: toda la historia de nuestro planeta, la vida y el hombre con su conciencia, es sólo una chispita en la eternidad de la esencia del universo, lo mismo este universo de galaxias que según las cosmologías actuales, se transformará alguna vez en un universo agaláctico, sin estructuras atómicas, sin leyes físicas, sin la posibilidad de las figuras geométricas, sin nada para ser contado (sumado o restado) con lo que desaparecerán las matemáticas, y sin ninguna conciencia inteligente que pueda concebir las supuestas verdades eternas, puesto que para mí no existe lo espiritual, ni alma inmortal alguna. Estos conceptos surgen sólo de una posición supersticiosa frente a lo que no se entiende ante las manifestaciones psíquicas producidas por los quarks (últimas partículas esenciales del universo). Entonces dichas “verdades eternas” jamás volverán a aparecer, ya que considero totalmente improbable una nueva recapitulación de algo parecido al hombre en un futuro universo amorfo. El filósofo Nietzsche con su idea del “eterno retorno” de todas las cosas, queda malparado. Todo lo aquí expresado constituye mi hipótesis universal explicada con mayor amplitud en mi libro *La esencia del universo*, capítulos VI y XI.

Las ideas de Boecio quedan confinadas al reducto mental, pues son genuinas lucubraciones desconectadas de la realidad.

El argumento ontológico de San Anselmo ni vale la pena ser tenido en cuenta, ya que ha sido refutado por los mismos hombres de la iglesia.

San Alberto Magno sólo queda flotando en una visión mística de un mundo ficticio, igual que el maestro Eckhart.

Lo mismo sucede con el teólogo Nicolás de Cusa, quien compara a su dios con la perfección de una figura geométrica: la esfera. Que me perdone Nicolás (“desde el otro mundo”), pero la figura

perfecta no existe más que en nuestra imaginación; en la realidad es un imposible por causa de las influencias físicas a que se hallan sometidos todos los cuerpos.

La meditación III de Descartes no es más que pura fantasía, una construcción mental basada en ideas de perfección trasladadas a un dios que nada tienen que ver con realidad exterior alguna.

Por su parte, el filósofo Baruch Spinoza (1632-1677), seguidor de la doctrina de Descartes, miope, se las vería negras si despertara hoy para encontrarse con un universo totalmente diferente del que él lo “veía” en su época, ahora terrible, amenazante, ciego, caprichoso, desconcertante y con toda seguridad, siendo de inteligencia aguda, renegaría de su panteísmo donde “todo es dios”, para sólo aceptar, en todo caso, alguna especie de dios chapucero que procede por tanteos al azar, pasando de yerro en yerro hasta al fin dar con la tecla, y siempre así para lograr la evolución del mundo, la vida y el hombre.

En cuanto a Leibniz, filósofo y matemático alemán, con su búsqueda de “la razón suficiente”, quien concibió las mónadas como una pluralidad de sustancias, sin más relación entre sí que su procedencia de Dios escondido allí, al final, que la contiene toda, y de esta manera explicar la existencia del mundo, vemos hoy el absurdo de esta “razón” ante un mundo tambaleante, desprotegido, a merced de todo peligro, y que a la postre se “da cuerda a sí mismo” y suscita fenómenos transitorios, como las conciencias humanas prontas a desaparecer del escenario universal si nuestro entorno planetario se conturba por causa de una catástrofe cósmica (más bien anticósmica). La actual imagen del universo, puro accidente catastrófico (fruto del big bang), dista mucho del concebido por Leibniz, quien cierta vez expresó: “el creador hizo el mejor de los mundos posibles”. Esto lo creyeron muchos pensadores europeos hasta que se produjo el lamentable y terrorífico terremoto de Lisboa a mediados de siglo dieciocho, que mató seis mil personas, y les abrió los ojos a los que quedaron vivos.

A su vez, Locke, filósofo empirista inglés, con su argumento fundado en la existencia de nuestros sentidos, percepción y razón, y en la reflexión sobre el conocimiento que tenemos de nuestra existencia para llegar a la certeza de la existencia de un dios, estuvo ajeno a la idea de la evolución de la vida y las mutaciones genéticas al azar, que permitieron la formación de nuestro cerebro tal como es entre múltiples otras formas posibles.

El “demoledor de la metafísica teológica”: Kant, también ha errado con su argumento basado en la moral, ya que el conjunto de reglas morales, lejos de constituir una prueba de la existencia de su dios, sólo cumple el papel de un factor más de supervivencia en el curso biológico de la humanidad. Las reglas morales aparecieron sobre la marcha de nuestra evolución por mero azar y por eso estamos aquí. Fueron útiles para que el hombre no devorara al hombre hasta su extinción. Nadie lo planeó, pero se dio así y aquí estamos entre trillones de pruebas fallidas gracias al freno de los desbordes humanos manejados por instintos primitivos que, de haber quedado libres, sin censura, sin sanciones, hubiesen hecho desaparecer a la especie humana víctima de sí misma, esto es en manos del propio hombre, criatura tan peligrosa, más que todos los animales feroces de la Tierra, en virtud de su inteligencia y capacidad para crear armas de exterminio, desde arcos y flechas, hachas, lanzas, sables, espadas, hasta... artefactos nucleares.

Nos queda por último Kierkegaard, un creyente en lo absurdo, con su criterio peligroso que acentúa todo en la fe incondicional; nos sumerge a tal punto en lo irracional que incluso asesinar a un hijo propio, tal como estuvo a punto de hacerlo el bíblico Abraham para obedecer ciegamente el mandato de su dios Jehová, se justifica sólo por la fe. Este “consejito” puede dar cabida a todo acto bestialmente atroz, incluso justificar una masacre de inocentes si se cree que hay detrás todo un dios irracional, indolente y amoral que así lo desea. De aquí al fanatismo hay un solo paso y creo que este no es el método adecuado para buscar un dios bueno, puro amor por sus criaturas que esperan de él lo lógico, lo racional, lo justo según sus méritos.

Vemos así que es posible rebatir uno por uno los argumentos en favor de la existencia de un dios absoluto esgrimidos por los más grandes pensadores de la humanidad, si nos proponemos hacerlo a la luz de la lógica y de la ciencia de nuestros días. @

*Ladislao Vadas*

[www.ladislao-vadas.blogspot.com](http://www.ladislao-vadas.blogspot.com)

(\*) Ladislao Vadas es pensador naturalista y escritor nacido en la ciudad de Buenos Aires. Versado sobre astronomía, cosmología, física, química, biología, antropología, historia, filosofía, teología, religiones, psicología y otras materias, es autor de 14 obras editadas en su ciudad natal y 8 inéditas.

---

## **Héctor Aguer, cruzado moral**

**Publicado por Pablo para  
[www.alertareligion.blogspot.com](http://www.alertareligion.blogspot.com)**

La Iglesia Católica acusa al gobierno argentino de promover una "educación sin moral", dice hoy Crítica Digital. Resulta que Héctor Aguer, arzobispo de La Plata (representante del ala ultraderecha de la jerarquía), está enojado porque el Ministerio de Educación propone que se lea un texto en voz alta todos los días al comenzar las clases, y se sugiere que los textos "no deben tener moralejas ni contenidos religiosos" dado que la educación en Argentina es laica (lo es formalmente desde 1884).

Aguer hace algunas críticas certeras sobre el tipo de textos aceptables, críticas válidas por supuesto. Pero se eriza cuando llega a la parte donde su superstición no recibe la sumisión a la que está acostumbrada, y revela escandalizado que "educación laica" significa "educación atea", y si no hay moralejas, es además "educación sin moral".

Al respecto de la laicidad y lo secular, la Iglesia ha adoptado hace un tiempo un tic familiar: el uso del -ismo. Que el estado sea laico les pesa (nunca lo fue cuando ellos pudieron imponerse), pero públicamente abrazan la tolerancia, para luego clamar que no se tienda al "laicismo", al que califican de ideología equivalente al ateísmo. De la misma manera se habla de lo secular y el "secularismo", como si se tratara de una vasta conspiración o aparato estatal destinado a extirpar a Dios de las conciencias. Aguer adhiere a esta visión sesgada, la visión católica oficial, de todo corazón, y desde antes que Joseph Ratzinger comenzara a predicarla (con particular insistencia) desde su trono de vicario divino.

No sirve de nada explicarle a los fanáticos que "laico" no significa "ateo", y en realidad, desde su punto de vista no está tan lejos de la verdad. Si a una generación de niños nadie les inyectara en el cerebro el complejo de creencias mitológicas del teísmo en su versión católica apostólica romana, por lógica, esos niños, al crecer, rechazarían como una total estupidez todo ese sistema. La Iglesia, por supuesto, proclama que todos pueden llegar a la verdadera fe, pero sabe que sin esa cabeza de playa en las mentes infantiles la batalla por la supremacía numérica (y todo lo que se deriva de ella) está perdida. Ése es el peligro que Aguer ve y de la cual abomina cuando otros plantean que el Estado debe impartir una enseñanza sin moralejas religiosas.

Desde que existe la educación pública supervisada por el Estado-Nación, el peligro de la "indoctrinación" con ideologías tóxicas ha existido también, por supuesto, pero a la Iglesia jamás le preocupó, siempre que sus intereses quedaran a salvo. En Argentina, por ejemplo, la Iglesia Católica vivió y aplaudió cuando el gobierno de Juan Domingo Perón les permitió dictar religión en la escuela, aun mientras el peronismo se consolidaba como movimiento fascista, incluyendo un culto de personalidad a Perón y a su esposa Eva que el mismo Mussolini hubiera envidiado; meses después de que Perón se enemistara con ellos y les quitara este privilegio, la Iglesia bendijo y encabezó el apoyo al golpe militar que lo derrocó.

Tampoco sirve de mucho entablar una discusión sobre las bases de la moral. La Iglesia considera que sus doctrinas son la verdad única sobre el tema; no admiten que haya debate sobre

la moral, sino como mucho un descubrimiento progresivo de la "ley natural", que (obviamente) sólo los católicos están capacitados para aprehender en su totalidad, y que tienen como obligación imponer a todos los demás. Como a todos los creyentes fanáticos, de cualquier religión, para Héctor Aguer no explicitar un corolario moral-religioso a una historia significa promover activamente la amoralidad y (otro de esos terribles -ismos) el relativismo. La Sagrada Escritura dice que para seguir a Dios hay que volverse como niños, y como niños es como el cristianismo trata a sus fieles: como personas que no están completas, que necesitan que la moral les sea traída desde afuera, servida en bandeja como una papilla, por sus "padres". La libertad de pensamiento y de culto como derechos fueron negadas enfáticamente por la Iglesia hasta hace muy poco en términos históricos. A los niños no se les puede dejar libres de hacer y creer cualquier cosa.

El arzobispo de La Plata tiene una larga trayectoria como conservador católico típico, al que no le gusta que la cultura moderna vaya en contra de su arcaica doctrina, y desde su espacio en el programa televisivo *Claves para un mundo mejor* no deja de proclamar estas ideas. En una ocasión dijo que la educación sexual es una "incitación a la fornicación, a la lujuria y a la promiscuidad" y una "corrupción" de los niños por parte del Estado. Se opuso a la postulación de Carmen Argibay (una jurista de primer orden) a la Corte Suprema porque ésta se confesó a favor del aborto y "atea militante", sugiriendo que esto último podía llevarla a una "cruzada antirreligiosa". En sus sermones considera que la culpa del delito juvenil la tiene la "disolución de la familia" y el Estado que no hace nada por defender esta sagrada institución (en código católico esto significa que hay que prohibir el divorcio, dejar de facilitar la anticoncepción y premiar a las familias numerosas); que el Estado le lava el cerebro a la sociedad con una doctrina relativista contra la discriminación, y que las uniones civiles entre homosexuales son antinaturales (y por lo tanto tratarlos como enfermos, como hace la Iglesia, es correcto). Cree que no dejar que la Iglesia interfiera en la educación de los niños, reservando esa función al Estado, es "totalitario", y que el gobierno argentino quiere implantar un "ateísmo postmoderno radical".

Para darnos más idea del carácter de Héctor Aguer, pensemos que los tremebundos integristas de Radio Cristiandad lo consideran "de lo mejorcito que hay en Argentina", y que hace unos años 105 sacerdotes y religiosos de toda Argentina le pusieron su firma a un documento en repudio del arzobispo, por "exhibir impúdicamente una Iglesia cercana al poder y lejos de los pobres". Esto último se refería a la ocasión en que Aguer salió de garante del pago de una fianza de un millón de pesos para liberar a Francisco Trusso, un banquero que defraudó a 30.000 ahorristas. No hay caso: por alguna razón los católicos conservadores no suelen tener ideas repugnantes, sino también amigos ricos y desagradables. @